

## LOS ESTUDIOS ÁUREOS DE ANTONIO ALATORRE<sup>1</sup>

Agradezco profundamente al Colegio de México que me haya dado oportunidad de hablar de Antonio Alatorre, un maestro que muchos de ustedes conocen mejor que yo. El único título que puede justificar mi osadía, además de una admiración antigua, es mi relación con él durante las tres estancias que en esta casa fui profesor invitado, y una amistad epistolar que ha durado diez años, e incluso ha dejado alguna huella impresa en reseñas recíprocas y en un libro que publicamos juntos sobre los dos poetas a los que Alatorre profesaba especial devoción: Góngora y sor Juana. Si ponemos a un lado el Alatorre músico, que merece estudio aparte, y nos centramos en el filólogo, es de sobra sabida la cuádruple raíz de su actividad, por decirlo con la fórmula del filósofo: la lengua española, México y su cultura, sor Juana, y el siglo de oro español. En mis palabras prescindiré casi por completo de las tres primeras y me limitaré a sobrevolar la cuarta, porque cualquiera de ellas daría para hablar muy largo, y hay aquí, empezando por Martha Lilia Tenorio, quien puede hacerlo con la máxima competencia.

La bibliografía de Antonio Alatorre suma unos 350 trabajos enormemente variados: al comienzo, abundan las traducciones y las reseñas. De las primeras no es necesario hablar, sino que basta con enumerar algunos de los autores cuyas obras fundamentales fueron vertidas por él a un español impecable: Ovidio, Marcel Bataillon, Machado de Assis, Graça Aranha, Gilbert Highet, Albert Béguin, Edward Sapir, Curtius (estos tres con Margit Frenk), François Chevalier, Jean Sarrailh, Antonello Gerbi, Jacques Lacan, Paulo Freire, George Williams;

<sup>1</sup> Conferencia leída en El Colegio de México el 2 de diciembre de 2010.

el último, traducido en 1983, pone fin a una tarea comenzada en 1947, y que afecta a más de treinta autores en media docena de lenguas. La palabra rigor es obligada, según se ve en las constantes mejoras introducidas en ediciones sucesivas, o en el reconocimiento de quienes, como Highet, Gerbi o Bataillon, consideran colaborador a su traductor. Otros varios, entre ellos Daniel Cosío Villegas<sup>2</sup>, aun sin haber sido traducidos, podrían repetir las palabras de María Rosa Lida en la introducción a su libro sobre Juan de Mena: “Antonio Alatorre ha velado por él con exquisito esmero”. Esta expresión es síntesis de dos cualidades que Alatorre poseyó en extremo: la curiosidad y la generosidad. Hoy todos hacemos venias a las obras de Bataillon, Béguin, Curtius, Highet, Gerbi o Williams; cuando Alatorre las tradujo estaban muy lejos de ser *best sellers*, y aun ahora su volumen y densidad las mantienen en el estatus de obras de consulta más que de lectura. El mundo en que nos movemos gusta de exhibir bibliografía, pero de ahí a digerirla hay largo trecho.

Y eso, digerirla, es lo que hizo Alatorre a lo largo de sesenta y pico años. Casi la tercera parte de sus trabajos son reseñas, no sólo de libros, también de revistas. Si la *NRFH* es un tesoro, en buena medida se debe a ellas. Su primera publicación conocida es una reseña de Efraín Huerta, publicada en 1945; la última, sobre sor Juana, es de 2010. Un centenar de destellos, nunca meramente informativos, sino llenos de aportaciones, de pasión y lucidez, con un arte, el de la reseña, en el que Alatorre fue haciéndose cada vez menos académico, más él mismo, hasta el punto de que leerlo equivale a escucharlo hablar. Porque las reseñas de Alatorre se van poco a poco haciendo más polémicas, más complejas, hasta confundirse no ya con el *review-article*, sino con el artículo mismo brotado al calor de la lectura, como sus primeros artículos brotaron al calor de las traducciones: así el dedicado a versiones castellanas de las *Heroidas* de Ovidio<sup>3</sup>, y el titulado “Quevedo, Erasmo y el doctor Constantino”. El primero es, en realidad, reseña disfrazada de un libro sobre las leyendas troyanas en la literatura castellana, materia que Alatorre tenía en la uña en 1949, puesto que en 1950 publicó su versión de las *Heroidas* de Ovidio, cuya extensa introducción

<sup>2</sup> Cuya *Historia moderna de México* pasó su revisión de estilo (cf. B. GARZA, “Antonio Alatorre o el placer de hacer las cosas bien”, *NRFH*, 40, 1992, p. 6).

<sup>3</sup> “Sobre traducciones castellanas de las *Heroidas*”, *NRFH*, 3 (1949), pp. 162-166.

estudia con pormenor los ecos de esa obra en la literatura europea. En ella, aunque de pasada, reprocha a Schevill no haberse acordado de Góngora en su monografía sobre Ovidio y el Renacimiento en España, lo cual es marca de época: el libro de Schevill apareció en 1913, cuando Góngora aún no había salido del purgatorio<sup>4</sup>. Alatorre en 1997 volvió a tratar de la huella de las *Heroidas* en las literaturas peninsulares, corrigiendo errores y lagunas de su antigua nota según la bibliografía reciente y alguna contribución de Rodríguez-Moñino, a quien llama “fomentador de mis manías”<sup>5</sup>. En ese artículo se duele también de que su versión, en la colección mexicana de clásicos grecolatinos, fuera sustituida sin previo aviso por otra pueril y pedestre, a su juicio<sup>6</sup>. Aquel trabajo, excelente aunque juvenil, tuvo también la virtud de acercarlo a la crítica textual, en la que había de perseverar el resto de su vida, hasta publicar, poco antes de su muerte, el primer volumen de la *Lírica personal* de sor Juana ampliamente remozado; y hubo de alejarlo del coto cerrado de las lenguas clásicas, cuando en las modernas había tanto por hacer. Si se excluyen dos versiones fragmentarias de Herondas y de Apuleyo, la antigüedad grecolatina, continuo telón de fondo en sus investigaciones, no fue abordada sino en las versiones de Highet y Curtius ya aludidas, y siempre con miras a su perduración en los tiempos modernos.

Si la proclividad de Alatorre hacia el siglo de oro apuntaba con nitidez en este trabajo, el primero que entra de lleno en él es el titulado “Quevedo, Erasmo y el doctor Constantino”, claramente derivado de su tarea como traductor del *Erasmo y España* de Bataillon<sup>7</sup>. Este artículo, aparecido en el homenaje póstumo de la NRFH a uno de sus fundadores, Amado Alonso, descubre en *La cuna y la sepultura* de Quevedo extensos pasajes

<sup>4</sup> OVIDIO, *Heroidas*, ed. bilingüe de A. Alatorre (UNAM, México, 1950), p. 69.

<sup>5</sup> ALATORRE, “De nuevo sobre traducciones de las *Heroidas*”, en *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL*, El Colegio de México, México, 1997, p. 39. En la misma línea pudimos aportarle una huella desconocida de la obra ovidiana: Cristóbal Lozano (1609-1667) vierte las heroidas V y VI en la *Parte segunda de David perseguido y alivio de lastimados* (1659), sin la dependencia de Diego Mexía que apunta su moderno editor (LOZANO, *Historias y leyendas*, ed. J. de Entrambasaguas, Espasa-Calpe, Madrid, 1955, t. 1, p. xliii). Como imitación puede considerarse la “Carta de la Caba al conde don Julián”, incluida en la *Tercera parte* de la misma obra (1655; ed. cit., t. 2, p. 57).

<sup>6</sup> ALATORRE, “De nuevo sobre traducciones de las *Heroidas*”, p. 47.

<sup>7</sup> “Quevedo, Erasmo y el doctor Constantino”, NRFH, 7 (1953), pp. 673-685.

plagiados de la *Praeparatio ad mortem*, de Erasmo, y edulcorados con otros de san Pedro Crisólogo y san Agustín; más importantes aún son los tomados de la *Exposición del primer salmo de David* (Sevilla, 1546), sermón quinto, del erasmista Constantino Ponce de la Fuente, canónigo magistral de Sevilla y célebre predicador, acusado de luteranismo y víctima de la Inquisición, cuya *Suma de doctrina cristiana* hizo imprimir en México el obispo fray Juan de Zumárraga, por considerarla catecismo ideal para indios<sup>8</sup>. Interesa subrayar que Alatorre no cae en la beatería habitual ante Quevedo, sino que señala los defectos que aguan sus mejores logros: si alguno de sus añadidos le parecen “perogrulladas”, otros los denomina “desvaído comentario”, “consejos piadosos”, todo ello en un estilo “menos insinuante, un poco menos afectivo y coloquial, un poco más tieso que Constantino” (p. 685). Es decir, destaca ya en Alatorre una de las constantes de su carácter: la independencia de criterio, algo sorprendente en quien hacía sus primeras armas rodeado de sabios, uno de ellos, Raimundo Lida, fervoroso quevedista.

El trabajo mencionado es de 1953. Pero el impulso definitivo lo recibe Alatorre al año siguiente cuando es nombrado secretario de la *NRFH*, entonces dirigida por Alfonso Reyes. En ese puesto durará nueve años, hasta el período 1962-1967 en que codirige la revista con Ángel Rosenblat, teniendo como secretario a Lope Blanch. Luego sigue en solitario hasta 1983, en que comparte dirección con Beatriz Garza hasta 1987. Siguen unos años de director honorario, y lo es de nuevo efectivo desde 1993 hasta hoy. Dicho en breve, Alatorre fue el alma de la *NRFH* durante más de medio siglo, incluso si se descarta el eclipse de su estancia en Princeton, y aun le quedó tiempo para ocuparse de la revista *Historia Mexicana*. Lo que eso significa salta a la vista. Si Alatorre tuvo otras intenciones respecto a su dedicación, hubieron de quedar pospuestas ante la enormidad de la tarea que se impuso: cuidar la calidad material e intelectual de la revista, contribuyendo con artículos muy trabajados, cribando y puliendo los originales que llegaban a la redacción; dar cuenta a los lectores de cuantos libros y revistas sobre la materia se publicaban en el ámbito hispánico, y organizar una valiosísima bibliografía prácticamente en todos los cuadernos. En ello, Alatorre contó con la ayuda de Margit Frenk, Lope

<sup>8</sup> Cf. M. BATAILLON, *Erasmo y España*, trad. A. Alatorre, F.C.E., México, 1966, p. 540.

Blanch, Montesinos, Emma Susana Speratti, Blanco Aguinaga, luego otros más jóvenes, como Raúl Ávila, Mercedes Díaz Roig, Teresa Aveleyra, Martha Elena Venier, Yvette Jiménez de Báez, etc., según las materias o épocas de interés para cada cual, como no podía ser menos. Tal actividad equivale a recibir clases de alto nivel, forzándose a ser crítico con ellas, durante decenios; no hay carrera universitaria comparable, y aun sigue siendo un baño de ciencia y humildad releer los volúmenes de esos años dorados. Las reseñas, “ingrata y necesarísima tarea”, según la denomina la necrología de María Rosa Lida probablemente debida al propio Alatorre, hay que hacerlas en un plazo razonable, los trabajos ajenos no se pueden dejar a medio leer, el juicio no cabe relajarlo ni posponerlo; hay que informarse, reflexionar, redactar con equidad, y por si fuera poco, economizando espacio. Ciñéndonos a las reseñas de libros en letra menuda, o agrupadas en la sección titulada Revista de revistas, las iniciales A. A. aparecen con una frecuencia pasmosa. Pero no le bastan. Alatorre, quizá siguiendo la pauta de Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*, se inventó algunos pseudónimos; los que usa en la NRFH son Marcos Torres y Marco Antonio Vergara. Una precaución tomada *pudoris causa*: debió de darle algo de apuro erigirse en juez de tantos trabajos, e hizo lo posible por que la opinión de la revista no se identificase con la suya. A veces se sirve del heterónimo para resumir cosas publicadas por el ortónimo, o como parapeto para lanzar alguno de sus dardos más envenenados: así el humor malgastado con el *Horacio, poeta lírico* del P. José C. Andrade, S. J. (NRFH, 12, 1958, pp. 443-444), la reseña demoledora de un libro de Entrambasaguas (*ibid.*, 13, 1959, pp. 144-145), o su burla de la vanidad, las querellas frailunas y la chusca defensa de los métodos inquisitoriales que exhibe el P. Miguel de la Pinta Llorente al tratar de fray Luis (*ibid.*, 14, 1960, pp. 362-369). En las píldoras que pasan revista a las revistas, y que podrían denominarse crítica de la crítica, Alatorre no sólo resume y enjuicia, sino que inserta apostillas entre corchetes, añade un *sic* alarmante, unos puntos suspensivos denotadores de escepticismo, o rescata datos preciosos, que costaría trabajo buscar en su fuente: por ejemplo, que el 58 % del léxico del *Poema de mio Cid* se conserva en el español actual, que *tartaranieta* es forma correcta, registrada por Covarrubias, que la primera aparición del término *barroco* ocurre en un autor catalán de 1839, y así muchas otras. Alguna de sus constantes serán denunciar el olvido de lo hispano

en libros del ámbito sajón, o de lo hispanoamericano en obras españolas. En esto último se incluye la peculiar contienda que Alatorre mantiene con su admirado Menéndez Pelayo, a quien nunca perdonó, por ejemplo, que se refiriese a sor Juana como “una monja ultramarina”.

Volviendo a las querencias alatorrianas, encontramos en 1955 su reseña del *Tácito en España*, de Francisco Sanmartí, que de nuevo le da pie para abundantes escolios (con alfilerazo a Quevedo, que en algún lugar arremete contra “el bellaco de Tácito”), más una frase desdeñosa hacia el “lamentable Tácito de la Editorial Aguilar”, que bien pudo ser móvil de que tal traducción se renovara por completo en 1957<sup>9</sup>. Más enjundia tiene su reseña de las *Fábulas mitológicas en España* de José María de Cossío, a quien alaba como “divulgador ameno y concienzudo”<sup>10</sup>. El amplio conjunto de rectificaciones y añadidos, denominado “modesta contribución”, acusa, entre otras, la omisión del romancillo “Hero y Leandro en paños menores”, de Quevedo, que Alatorre considera “la culminación del género”, y nos convence de que el libro de Cossío, medio siglo después, debería ser, si no reescrito, al menos reimpresso con estudios como éste en apéndice.

Mayor severidad muestra Alatorre con una obra de Joseph G. Fucilla, benemérito investigador de fuentes italianas en la literatura clásica española<sup>11</sup>, no sólo por los descuidos personales del autor, que no escasean, sino por la jerigonza en que lo vierte el traductor, un alumno mexicano de Fucilla, cuyo nombre Alatorre tiene la delicadeza de pasar en silencio. Quizá ese mal recuerdo le hizo omitir también el nombre de Fucilla en la primera edición de una obra que sin embargo le debe mucho: sus *Fiori di sonetti*, de 2001. Pero donde Alatorre pierde la paciencia es en su reseña de la *Bibliografía hispanolatina clásica* de Menéndez Pelayo (NRFH, 13, 1959, pp. 115-123), ed. en 10 volúmenes preparada por Enrique Sánchez Reyes con “ejemplar falta de criterio”. No obstante, se permite alguna broma; así, al señalar faltas “que hubieran horrorizado a don Marcelino”, comenta “la mala arquitectura” que presenta habitualmente el nombre de Vitruvio, incluso cuando rotula una calle de Madrid; los índices de la obra reseñada son a su juicio tan deficientes que

<sup>9</sup> NRFH, 9 (1955), pp. 47-52.

<sup>10</sup> NRFH, 11 (1957), pp. 77-84.

<sup>11</sup> NRFH, 12 (1958), pp. 414-416.

“parecen hechos por una máquina”. No es de extrañar el tono de Alatorre al ver caída en manos ineptas una obra fundamental que debería facilitar el trabajo de los estudiosos.

El artículo sobre “Los romances de Hero y Leandro”, publicado en el *Libro jubilar de Alfonso Reyes* (UNAM, México, 1956), explora la difusión del motivo en los romances nuevos hasta entrado el siglo XVIII. La única pega de este trabajo es que el autor, para dar coherencia a su análisis, intenta establecer en los textos una cronología que en los manuscritos y en la obra poética de Quevedo carece de toda base. Con éste se relaciona el titulado “Fortuna varia de un chiste gongorino”, aparecido en el homenaje póstumo de la NRFH a Alfonso Reyes (15, 1961, pp. 483-504). El chiste en cuestión es el epitafio que pone en boca de Hero el romance “Arrojose el mancebito”: “El amor, como dos huevos, / quebrantó nuestras saludes: / él fue pasado por agua, / yo estrellada mi fin tuve”. Alatorre rastrea su origen en una facecia de la *Floresta* de Santa Cruz (III, 4, 1), y sigue sus derivaciones en multitud de textos áureos, a partir del romance gongorino, que muy pronto se hizo célebre y pasó a poetas como Quevedo, a los entremesistas y a las academias. Cuando en 1998 publicamos la edición crítica de los romances de Góngora, sólo pudimos añadir ocho lugares a los enumerados por Alatorre. En otra ocasión, refiriéndose a este hecho, anota lo siguiente:

Cada vez que uso mis papeletas para confeccionar un artículo tengo una aguda consciencia de mis límites. No sólo conozco poco y mal los grandes repositorios de libros raros y manuscritos españoles (y portugueses), tan al alcance de los investigadores peninsulares, y no sólo he empleado métodos muy primitivos y artesanales para sacarles provecho, sino que he dejado de estar al día en cuanto a publicaciones hispanísticas. Mis lectores –si es que los tengo– descubrirán fácilmente que buena parte de lo que digo en mis trabajos sobre poesía del Siglo de Oro es, en el mejor de los casos, provisional (NRFH, 49, 2001, p. 149).

Y al reseñar la ed. de la *Floresta* publicada por Pilar Cuartero y Maxime Chevalier (NRFH, 48, 2000, pp. 144-146), cuya fecha (1997) impidió que la tuviésemos en cuenta, dice Alatorre que se siente “bastante ufano” de su propio artículo; “pero –agrega, jugando con el título de Dostoyevski– la *Nota complementaria* que Cuartero y Chevalier dedican a ese apotegma me deja humillado (aunque nada ofendido): ellos han añadido

mucho que yo no conocía, en particular las reapariciones del chiste de los huevos en comedias del siglo de oro, terreno no muy pisado por mí –y uno de los *muchos* que ellos sí pisan”. Tal tipo de declaraciones son una muestra más de su humildad y su generosidad, y también de las dificultades con que Alatorre, cercano a los 80 años, se veía obligado a lidiar trabajando solo y con medios precarios.

En 1962 publicó su trabajo “Dido y su defensa (traductores españoles y portugueses de dos epigramas atribuidos a Ausonio)”<sup>12</sup>, como adición marginal a “Dido y su defensa en la literatura española” (1942), de María Rosa Lida, “mujer prodigiosa –dice–, de quien me considero casi tan discípulo como de su hermano Raimundo” (p. 307). En efecto, aquí persigue el eco de dos breves epigramas, uno de los cuales (“Infelix Dido...”, etc.) consiste en sólo un dístico y fue objeto de versiones solas o insertas como remate de otros poemas, entre las que destaca la de Bartolomé de Argensola. En cuanto al segundo (“Illa ego sum Dido...”), derivado de otro de la *Antología griega* que achaca a Virgilio la difamación del personaje, fue objeto de versión o reelaboración por otros poetas, entre ellos Andrade Caminha, António Ferreira y Lope de Vega, datos que habían escapado a las pesquisas de la precursora. Por ello sorprende más que Yakov Malkiel, habitual colaborador de la *NRFH*, no mencione este trabajo de Alatorre en los abundantes añadidos que en 1974 hizo al reeditar la monografía de su esposa, en cuyo homenaje póstumo se había publicado<sup>13</sup>. Alatorre lamenta el hecho años después con estas palabras: “El mal no es para la modesta persona del investigador, sino para la comunidad estudiosa. ¿Hace falta aclarar que mis reflexiones no suponen desdén por la labor de Menéndez Pelayo, de María Rosa Lida y de la Dra. Belchior Pontes? *Non omnia possumus omnes*. Lo que podemos es luchar por que un día lo sepamos todo entre todos”<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> *Filología*, Buenos Aires, 8 (1962), pp. 307-323.

<sup>13</sup> MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, *Dido en la literatura española. Su retrato y defensa*, Tamesis Books, London, 1974.

<sup>14</sup> “De poética barroca hispano-portuguesa (con un ejemplo: el soneto en eco)”, *Boletim de Filologia*, 29 (1984, pero impreso en 1987), pp. 235-271 (la cita, en pp. 256-257). También en su artículo “De nuevo sobre el texto de las *Rimas* de Bécquer” (*NRFH*, 44, 1996, pp. 149-154) denuncia otro ninguneo: “Eso que entonces dije [en 1970], y que Sebold, por lo visto, considera letra muerta –tan muerta que ni siquiera me menciona–, yo lo sigo considerando plenamente válido” (p. 149).



El artículo “Sobre la *gran fortuna* de un soneto de Garcilaso” (NRFH, 24, 1975, pp. 142-177), uno de los preferidos de Alatorre, insiste en el mito de Hero y Leandro y su huella en la literatura española, donde fue “la más conocida de las leyendas clásicas”. Los veinte años transcurridos entre el primero y el último de estos trabajos se notan, porque el dedicado al soneto garcilasiano es mucho más maduro: tomando como punto de partida unas páginas de Lapesa, a quien comenta y elogia, destaca la importancia del pliego suelto lisboeta de 1536 (“primera edición impresa de un poema español versificado a la italiana”, p. 150), analiza los ecos de Coloma, Cetina, Acuña, Ramírez Pagán, Arguijo, subraya la aparición del soneto complementario dedicado a Hero (“la otra tabla del díptico”, p. 157), las glosas y vueltas a lo divino, y el muy original viraje que Camões imprime al asunto<sup>15</sup>.

En línea similar se inscribe “La popularidad de una letrilla de Góngora”, que aporta datos nuevos referidos a tierras mexicanas, en sor Juana, Anastasio de Ochoa, y Alfonso Reyes<sup>16</sup>. Por cierto que la imitación de don Alfonso, una letrilla excluida de su *Obra poética* y rescatada por su nieta, es una travesura antiyanqui; la décima copla contiene, según Alatorre, “un espléndido homenaje al Góngora escatológico” (p. 39). También “Fama española de un soneto de Sannazaro”<sup>17</sup> –su conocido improperio contra los celos–, donde elogia versiones debidas a Lomas Cantoral y Rey de Artieda, aunque, según afirma, “Góngora los deja muy atrás a todos” (p. 967). “Andanzas de Venus y Cupido en tiempos del romancero nuevo”, publicado en los *Estudios... dedicados a Mercedes Díaz Roig* (El Colegio de México, 1992, pp. 337-390), es un repaso a un motivo muy amañado en que lo culto se junta con lo pueril y lo novelesco, sin que haya logrado éxito ninguna de las tentativas que se han hecho de ahijar los romances, salvo tal vez el primero, que po-

<sup>15</sup> LUIS ROSALES había perseguido el mito de Hero y Leandro en la poesía del siglo XVII (*El sentimiento del desengaño en la poesía barroca*, Cultura Hispánica, Madrid, 1966, pp. 153-160).

<sup>16</sup> ALM, 29 (1991), pp. 17-40. En p. 19 reprocha a R. Jammes haberse olvidado de señalar en la letrilla de Góngora la relación de la copla 12 con la 17, alusivas a la *Floresta* de Santa Cruz. Es cierto que no lo hace en la ed. escolar de 1980, pero sí lo había hecho en la ed. crítica de 1963 (p. 48), que Alatorre no maneja.

<sup>17</sup> NRFH, 36 (1988), pp. 955-973. En p. 962 una línea de la nota va incrustada en medio de la página, en lugar de otra línea omitida, percance muy raro en la revista.

dría ser del repentista Juan Bautista de Vivar. Lo que interesa a Alatorre no es la calidad de los textos, sino la continuidad y la ramificación del *topos* a lo largo de casi dos siglos. En estos artículos, cuyo modelo inmediato son las investigaciones de María Rosa Lida, Alatorre se siente como pez en el agua, no sólo por su afición a Góngora y a la restante poesía áurea, sino porque le permiten aprovechar las copiosas papeletas acumuladas en su fichero, como era de esperar en un trabajador concienzudo y organizado<sup>18</sup>. Todavía en 2001, al reseñar los *Relieves poéticos del Siglo de Oro*, de José Lara Garrido (NRFH, 49, 2001, pp. 145-151), expresa su júbilo por poder añadir un elemento más a la serie que denomina “sonetos de suspensión”, derivados del que sirve a Góngora para definir la corte: “Grandes, más que elefantes y que abadas”. La premisa de que parte es muy obvia, pero conviene repetirla en sus propios términos: “Los textos poéticos del Siglo de Oro no son entidades absolutas; pertenecen a una historia y a una geografía del espíritu, con las cuales *piden* ser conectados para *funcionar* del todo, para ser plenamente comprendidos” (*ibid.*, p. 145).

En 1993 declaró Alatorre graciosamente: “Por fin me he decidido a armar libros con mis pendejaditas”<sup>19</sup>. El primero fue *El sueño erótico en la poesía española de los siglos de oro* (F.C.E., México, 2003), que pensado como artículo acabó como libro, lo cual le hizo perder algo de su sequedad académica y convertirse en antología poética<sup>20</sup>. Alatorre en el prólogo defiende la utilidad de leer lo menos bueno: “Para ver la grandeza de algo hacen falta términos de comparación” (p. 12); y defiende también la lectura por placer, empezando con la poesía cancioneril. Pasada la revisión de la edad media, se hace forzosa una incursión en la antigüedad: Anacreonte, Ovidio, Petronio, Séneca, Estacio, la *Antología griega*. Luego vienen los maestros italianos, varios de cuyos poemas sobre el sueño aparecían ya en los *Fiori di sonetti*, de 2001, con su coetánea versión castellana. Siguen

<sup>18</sup> “Artículos como ése son el resultado de fichas y más fichas que he ido acumulando a lo largo de los años. Son artículos llenos de noticias, de detalles, de minucias. Llenos también de notas de pie de página. Me encantan las notas de pie de página” (Antonio Alatorre, en JEAN MEYER, ed., *Egohistorias*, Centre d’Études Mexicaines et Centraméricaines, México, 1993, p. 44).

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>20</sup> Ya mucho antes se había interesado por el asunto, al reseñar un libro a su juicio deleznable: *El sueño y su representación en el barroco español*, coordinado por Dinko Cvitanovic (NRFH, 20, 1971, pp. 154-148).

Garcilaso, Boscán, Cetina, Coloma, Silvestre, Ramírez Pagán, el P. Tablares, autor de un célebre soneto que mereció ser plagiado por Quevedo. A éstos siguen los manieristas, Herrera, Francisco de la Torre, Aldana, con multitud de poemas cuya individualidad resaltan los comentarios. Con lo cual se llega a “los tiempos de Góngora y Lope de Vega”, a quienes deben agregarse Medrano, el Dr. Tejada, tal vez Bartolomé Leonardo de Argensola. Siguen Quevedo y sus contemporáneos, desde Luis Martín de la Plaza, capítulo donde hace muy certeros juicios acerca de los plagios y las amplificaciones de Quevedo, y los poemas de Faría y Sousa, autor que asimismo recicla textos ajenos. Después el tema se va agotando en España, Portugal y Brasil, pero todavía consagra Alatorre unas páginas al soñar despierto, que incluye piezas de Camões, fray Luis y Góngora hasta sor Juana, más lo que llama “otras derivaciones”. El libro termina con una sumaria reseña de tres estudios sobre el asunto, y los primeros versos de poemas que, una vez localizados, enriquecerían o completarían el panorama<sup>21</sup>.

Si retrocedemos a otro cambio de agujas, encontraremos un enorme trabajo, “Avatares barrocos del romance”, de 1977, recuperado en libro del que luego se hablará, y que es el primero donde Alatorre manifiesta interés por la historia de la métrica. El siguiente, no incluido en el libro, se titula “De poética barroca hispano-portuguesa (con un ejemplo: el soneto en eco)”<sup>22</sup>. Subraya la fecha de 1580 por ser el año en que “desaparece Camões y entran en escena dos grandes admiradores suyos, Lope de Vega y Góngora”, se publican las *Anotaciones* de Herrera a Garcilaso, y el *Arte poética* de Miguel Sanches de Lima. Por esas fechas la poesía castellana cambia radicalmente, y uno de sus indicios puede ser la floritura formal del soneto en eco. El acaso compuesto el mismo año 1580 a la muerte de la reina Ana de Austria, “Mucho a la majestad sagrada agrada”, fue muy conocido e imitado en su tiempo. Alatorre lo cree tan bueno que acepta la atribución a fray Luis de León hecha por Díaz Rengifo en 1592, luego recogida por Jiménez Patón, Philippe Nunes, Juan de Robles y Faria y Sousa. No sabemos qué relación tenga Rengifo con el ms. 1580, f. 3, de Palacio Real y

<sup>21</sup> Cf. nuestra reseña, “Al margen de *El sueño erótico en la poesía española de los siglos de oro*, de Antonio Alatorre”, *NRFH*, 52 (2004), pp. 465-488.

<sup>22</sup> *Boletim de Filologia*, Lisboa, 29 (1984, pero impreso en 1987), pp. 235-271.

con el visto por el P. Méndez en el s. XVIII<sup>23</sup>, que mantienen la atribución, o con el 7746 BNE, f. 45, que la desecha en favor de un tal Cámara. En otros testimonios que han llegado a nuestra noticia, el soneto es anónimo; uno (el 3909 BNE, f. 242v) lo ahíja a un poeta apenas conocido, Jerónimo de Assorís, que a nuestro juicio podría ser su verdadero autor<sup>24</sup>, precisamente por la oscuridad de su nombre, mientras que otros lo asignan a un franciscano innominado, a Figueroa o a Falcão Resende. Contra la candidatura de fray Luis milita que no aparezca en ninguno de los muchos códices que recogen su producción poética. Pero pesa aún más la gratuidad del artificio. Que el eco repita las últimas sílabas de un término o sintagma se justifica dramáticamente cuando el eco, o la ninfa que le dio nombre, actúa como interlocutor, y su respuesta establece una apariencia de diálogo, aunque sea en forma sumaria, lo que no es el caso de este soneto cuya estructura nada tiene de dramática. No es que sea indigno de fray Luis pero sí impropio de su habitual seriedad, que tiende a esconder más que a exhibir los recursos del arte. Alatorre reconoce que el soneto bien podría haberse dedicado a la reina Isabel de Valois, y por tanto ser de 1568, fecha en la que se compuso otro en eco a la muerte del

<sup>23</sup> Podría ser éste el ms. 9-2079 de la Academia de la Historia, a juzgar por la descripción de A. Ramajo Caño (FRAY LUIS DE LEÓN, *Poesía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2006, p. 440), aunque en ella no se habla de las atribuciones.

<sup>24</sup> Entre otros, aparece en los siguientes: 3907, f. 40; 3909, f. 242v; 3915, f. 299v; 3992, f. 21v; 4117, f. 308v; 4154, f. 191; 7746, f. 45; 17.719, f. 12, todos de la BNE; II-1580, f. 3, y II-531, f. 182v, de Palacio Real. En éste, que es el *Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella*, se atribuye a "D. J. de N. y por mejor decir *sub incerti auctoris*" (cf. la ed. de R. DiFranco, J. Labrador y C. Ángel Zorita, Patrimonio Nacional, Madrid, 1989, pp. 358 y 499). Es anónimo en el Cancionero hispano-portugués de la Academia de la Historia de Madrid (ms. 12-26-8 / D199), y en los mss. X y XIV de la Hispanic Society. Los editores de este último, J. Labrador, R. DiFranco y J. M. Rico (*Cancionero sevillano B2495 de la HSA*, Universidad, Sevilla, 2006, pp. 523-525), amplían mucho el inventario de testimonios que transmiten el soneto, pero ninguno parece el visto por el P. Méndez en el s. XVIII. JUSTO DE SANCHA, que lo publica y atribuye a fray Luis en su *Romancero y Cancionero sagrados* (BAE, 35, p. 44), no dice de dónde lo toma, probablemente del ms. 7746 BNE, que perteneció a La Barrera, quien confiesa habérselo prestado. De la atribución a Assorís hemos hablado en nuestro artículo "Un cancionero del siglo XVI con atribuciones a Barahona de Soto y su círculo granadino", en *De saber poético y verso peregrino. La invención manierista en Luis Barahona de Soto*, ed. José Lara Garrido, Anejo XLIII de *Analecta Malacitana*, Málaga, 2002, pp. 27-45 (en especial, p. 28).

príncipe don Carlos. En tal caso, “éste sería el soneto generador de todos los demás” (p. 242), que van decayendo en calidad según aumentan las imitaciones, las vueltas en eco de otros sonetos famosos, los ecos de una rima a comienzo del siguiente verso, las parodias, etc.<sup>25</sup> En aquel terreno feraz, cada novedad formal solía tener larga descendencia, y Alatorre se complace en perseguirla hasta redondear la historia.

“Quevedo: de la silva al ovillejo” (*Homenaje a Eugenio Asensio*, Gredos, Madrid, 1988, pp. 19-31), es, como sucede en otras ocasiones, lúcido comentario a un trabajo ajeno, en este caso de su amigo Eugenio Asensio, quien había desvelado la existencia de dos tipos de silva: la estaciana, que el propio Quevedo practicó en distintos metros, incluso de arte menor, y la silva métrica, que tomó dos rumbos contrarios, uno, en busca de amplitud y libertad, que culmina en las *Soledades* de Góngora y en el *Primero sueño* de sor Juana, y otro que la llevó a una forma mucho más rígida, a veces llamada ovillejo, silva de pareados o silva de consonantes. Aparte quedan el madrigal, o silva acortada, y los distintos tipos asilvestrados o ensilvecidos de la lira de a seis. Alatorre, que se demora en analizar aspectos del proceso y había de volver sobre el asunto diez años más tarde (“En torno a las silvas de Quevedo”, *NRFH*, 45, 1997, pp. 129-135), justifica su interés en la materia con esta frase: “Si fuera menos viejo, me pondría a escribir una métrica histórica española, porque creo que hace falta” (p. 20). De todas maneras, su curiosidad le permitió ahondar en otro aspecto formal de mayor relevancia. En efecto, su artículo “Quevedo: labios en vez de párpados” (*NRFH*, 47, 1999, pp. 369-383), aunque al principio se apoya en *La poesía amorosa de Quevedo*, de Santiago Fernández Mosquera, pronto abandona el tono de reseña para exponer un notable descubrimiento: los sonetos de hipótesis, empezando por el más artificioso y que da título al artículo, “Si mis párpados, Lisi, labios fueran”, cuya novedad consiste en infringir el casto código del *amour courtois*. Alatorre asienta que esta modalidad, en la que se inscriben hasta 45 sonetos de Quevedo, proviene de Luigi Groto, imitador a su vez de Serafino Aquilano, y se presta bien a lo que el poeta persigue

<sup>25</sup> La imitación de Duarte Dias la había señalado EDWARD GLASER en su artículo “On plagiarism and parody”, *Studia Iberica. Festschrift für Hans Flasche* (Bern u. München, 1973). Hay otra versión a lo divino hecha por Jerónimo de Virués (*Cancionero de la Academia de los Nocturnos*, eds. J. L. Canet, E. Rodríguez y J. L. Sirera, Alfons el Magnànim, Valencia, 1990, t. 2, p. 251).

con la hipérbole como recurso preferido: “sartas de ingeniosidades, juegos de palabras y de conceptos en competencia unos con otros” (p. 378). Sus últimas páginas cuestionan la habitual clasificación de ciertos poemas quevedianos, también algún juicio exaltado de Dámaso Alonso, y acusan el anacronismo de nuestra predilección por los poemas amorosos, lo que llevó a postular la existencia de una amada de carne y hueso tras el nombre de Lisi. Alatorre, con mucha más cautela, concluye diciendo que “en Quevedo, gran poeta, la retórica se convierte constantemente en poesía” (p. 382).

“Perduración del ovillejo cervantino” (NRFH, 38, 1990, pp. 643-674) traza la historia de esa glosa heterométrica con diseminación y recolección final usada por Cardenio en el *Quijote* (I, 27) y cuyo inventor parece ser Cervantes. Lo que no sabemos es cuándo comenzó a llamarse así, pues Cascales en 1617 usa el término para designar la *rima al mezzo*. El ovillejo fue complicado y desarrollado por Calderón y sor Juana, quienes aprovecharon sus posibilidades dramáticas, pero, al igual que la espinela, también tentó a la musa popular del Nuevo Mundo en el siglo XIX. Aquí sólo podemos añadir un ovillejo compuesto por el autor del *Estebanillo González* en 1636 a una enfermedad del cardenal-infante, y luego incluido en la novela (1646)<sup>26</sup>, que por cierto será una de las pocas obras en donde esta modalidad de ovillejo se codea con la estudiada en Quevedo (cf. ed. cit., II, p. 371).

En 1999 publicó “Para la historia de la cultura literaria en Barcelona: el testimonio de Josep Vicens (1703)”<sup>27</sup>, autor al que hubo de llegar por Rodríguez Marín. Vicens, joven universitario y miembro de una Academia Tomística, reimprimió el *Arte poética* de Rengifo en 1703 con muchos añadidos de su minerva. Alatorre se asombra de la ignorancia que muestra acerca de la mejor poesía española, y de su desparpajo al plagiar obras sin mencionar jamás los autores saqueados, o simplemente citados, entre los que se encuentra sor Juana, que por aquellos años y en Barcelona era la novedad editorial. Lo que le interesó quizá son las frivolidades métricas de que Vicens se siente más ufano: laberintos esféricos o retrógrados, poemas mudos o cúbicos, así como el énfasis que pone en afirmar que su cultura es

<sup>26</sup> Cf. *Estebanillo González*, eds. A. Carreira y J. A. Cid, Cátedra, Madrid, 1990, t. 2, pp. 173-174.

<sup>27</sup> *Anuari de Filologia*, XXI, secció F, 1998-99, núm. 9, pp. 21-37.

castellana y no catalana. Con toda su carga pueril, el libro tuvo seis ediciones en poco más de cincuenta años.

“Avatares del verso alejandrino”, del 2001 (NRFH, 49, pp. 363-407), se ocupa sólo del siglo de oro en su primera parte, y abunda en notas de interés sobre la tipología de ese verso en épocas posteriores. Al parecer, el alejandrino en castellano moderno se encuentra por primera vez en la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo (1564), y alcanza su clímax en el soneto de Pedro Espinosa, anterior a 1611. Lo más original es que Alatorre descubre alejandrinos en una canción de Góngora de 1602, e incluso en una endecha de 1594, poemas cuya disposición tipográfica disfraza su verdadero metro. Luego el alejandrino se pierde y no se recupera hasta los *pentámetros* de Trigueros, en 1774.

Los afanes métricos de Alatorre culminan en sus *Cuatro ensayos sobre arte poética* (El Colegio de México, 2007), volumen que refunde tres artículos ya publicados y les agrega otros inéditos. El primer capítulo, “Avatares barrocos del romance”, es la historia de esa forma métrica, la más prolífica y proteica desde el siglo XVI al XIX, y cuyo principal artífice fue Góngora. Revisa la aparición de cada fenómeno: la disposición en cuartetas, el breve período que dio paso a la consonancia, los estribillos, la oscilación desde el hexasílabo hasta el endecasílabo (un tipo de romance que Alatorre, por primera vez, fecha en 1626), y otras variedades como la heterosilabia, el esdrújulo, el eco, las paronomasias y las *parole identiche*. Se completa con un “Catálogo de esquemas métricos”, que alcanza los 152, la mayoría usados en el siglo de oro y todos bien autorizados con multitud de ejemplos. Sigue a este capítulo el dedicado a los versos esdrújulos, en que destacó el poeta canario Bartolomé Cairasco de Figueroa, quien se inspiró en Sannazaro y adoptó la convención del esdrújulo medio para compensar la escasez con que se dan los enteros en nuestra lengua, vía que seguirán con más o menos polémica otros ingenios, en especial los autores de novelas pastoriles, pero también quienes con ese procedimiento intentaban dar color a sus versiones del latín, como más tarde haría en México Alfonso Méndez Plancarte. Los esdrújulos fueron una moda en la que casi todos incurrieron, a veces trampeando al usar gerundios con enclisis verbal y superlativos absolutos: Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Faría y Sousa, Melo, Cáncer, villanciqueros como sor Juana, y poetas de los siglos posteriores. Al contrario que los esdrújulos, los términos agudos, abundan-

tes en español, son raros en italiano, por lo cual fueron mal vistos a fin de verso en la poesía italianizante, pero se recuperaron en la poesía festiva o de asunto bíblico, y tuvieron cierto cultivo desde fines del s. xvii. Alatorre recorre sus vicisitudes, y añade un apéndice sobre un peculiar tipo de agudo que son los versos de cabo roto. También se ocupa de los consonantes forzados, que tienden hacia el humor, y de las respuestas por los mismos consonantes, que tienden a la parodia; ambos tipos de recurso fueron frecuentados por ingenios de altura, entre ellos sor Juana, y llegan a nuestros días. Las glosas, que como el romance parecen características de la literatura española, se cultivaron profusamente en todo el s. xvi, mientras que en el xvii derivaron hacia una especie de virtuosismo intelectual donde los ingenios rivalizaban en proponer y glosar lemas de apariencia absurda, escatológica o irreverente. Este resumen apenas puede dar idea de un libro que hará época en la Historia de la métrica por su abundante documentación, por su exposición clara y amena trufada con sinfín de observaciones sutiles; en el fondo es una *summa* poética y crítica, fruto de las lecturas de toda una vida hechas por un erudito de rara sensibilidad.

Volviendo a cuestiones más de contenido, hay que retroceder hasta 1964, fecha en que Alatorre publica “Para la historia de un problema: la mexicanidad de Ruiz de Alarcón”<sup>28</sup>, artículo que refunde y amplía otro de 1956 incorporándole su recepción. Alatorre conoce todos los ingredientes del caso, desde Hartzenbusch: Luis Fernández-Guerra, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Luis G. de Urbina, Salvador Novo, Dorothy Schons, Serge Denis y Joaquín Casaldueiro, entre otros. Tras examinar pros y contras, argumentos sólidos e imaginarios, su conclusión es rechazar “una tesis mezquinamente nacionalista... que no debió haberse planteado nunca” (pp. 176 y 198). Es decir, que el amor a México no lo ciega ni lo lleva a disfrazar la realidad con “oropeles retóricas”. Huelga decir que hubo quienes discreparon, por ejemplo, Antonio Castro Leal, sin por ello solucionar el problema<sup>29</sup>.

De 1974 data su estudio sobre “Garcilaso, Herrera, Prete Jacopín y don Tomás Tamayo de Vargas”, que a su vez rehace

<sup>28</sup> *ALM*, 6 (1964), pp. 161-202.

<sup>29</sup> “Sobre la mexicanidad de don Juan Ruiz de Alarcón”, en ANTONIO CASTRO LEAL, *Repasos y defensas. Antología*, ed. Víctor García Arciniega, F.C.E., México, 1987, pp. 56-99.



otro de 1963<sup>30</sup>. Según aclara al comienzo, en Boston pudo examinar un ejemplar de las *Anotaciones* de Herrera a Garcilaso (1580) que perteneció a Ticknor y antes al comentarista toledano Tomás Tamayo de Vargas, cuyos escolios marginales, muy desfavorables a Herrera, pasaron a su propia edición de Garcilaso impresa en 1622, aunque rebajada la agresividad. Lo más interesante que descubre Alatorre no es eso, sino los calcos que el propio Tamayo hace de las *Observaciones* al libro de Herrera atribuidas al condestable de Castilla, alias “Prete Jacopín”, inéditas hasta 1870, eligiendo de ellas las que le permiten más lucir su erudición o colmar lagunas de sus predecesores. Aquí se manifiesta una vez más que el plagio, aunque se tolerase mejor que hoy, era un pie del que solían cojear los humanistas, siempre aquejados de vanidad intelectual.

Dejaremos a un lado “Un tema fecundo: las encontradas correspondencias” (NRFH, 51, 2003, pp. 81-146), que persigue el amanerado tema del *eros-diseros* desde sus antecedentes grecolatinos a través de la poesía medieval y moderna, porque, como declara desde el comienzo, sólo trata de poner en su contexto histórico los tres sonetos de sor Juana agrupados bajo el epígrafe: “Resuelve la cuestión de cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias: amar o aborrecer”. Tampoco nos detendrá el artículo dedicado a “Francisco de la Torre y su muy probable patria: Santa Fe de Bogotá” (NRFH, 47, 1999, pp. 33-72), por razones que luego diremos. Parte de una descripción de Gallardo, a quien Alatorre llama “gigante lector y crítico gigante”, y en cuyo insondable *Ensayo* llegó a encontrar hasta un soneto inédito de sor Juana<sup>31</sup>. Gallardo, al dar noticia del libro *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid, 1599), del capitán Bernardo Vargas Machuca, menciona un soneto laudatorio del “Licenciado Francisco de la Torre Escobar, natural de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada” (p. 34), y conjetura que pudiera tratarse del poeta editado por Quevedo en 1631, enigma para cuya solución se han propuesto hasta 43 candidatos. Esa y

<sup>30</sup> ELÍAS L. RIVERS (ed.), *La poesía de Garcilaso*, Barcelona, 1974, pp. 325-365.

<sup>31</sup> “Un soneto desconocido de sor Juana”, *Vuelta*, 1984, núm. 94, pp. 4-12. El primer párrafo de este trabajo dice mucho acerca de su devoción por el bibliógrafo extremeño: “Entre febrero y mayo de este año hice algo que siempre me había prometido hacer: leer de cabo a rabo el Gallardo... El Gallardo engolosina: abrirlo es exponerse a leer y leer hasta olvidarse uno de lo que andaba buscando”.

otras muchas suposiciones que hace Alatorre sobre el misterioso apéndice de la edición quevediana, se habían venido abajo cinco años antes tras el hallazgo en Simancas de una solicitud de licencia, presentada ante el Consejo Real en 1588, para imprimir un libro titulado *Los versos líricos y adónicos y la Bucólica*, por parte de Francisco de la Torre, que en tal fecha vivía en Salamanca<sup>32</sup>. En cualquier caso, muchas puntualizaciones y críticas de Alatorre a los intentos anteriores siguen siendo útiles, aunque sea excesivo el optimismo que manifiesta cuando cree “no haber dejado ningún cabo suelto de importancia” (p. 71). Al fin, como reconoció verbalmente, los prosaicos y tercos datos de los archivos son los que convierten en humo muchos de nuestros desvelos.

De igual manera, y en aras de la brevedad, hemos de pasar en silencio la edición anotada que Alatorre hizo de *Nueve odas (y algo más)* de fray Luis de León (Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1999), así como numerosos *review-articles* sobre ediciones áureas: la *Carajicomedia*, la *Diana* de Montemayor, los *Emblemata* de Vaenius, Juan Timoneda, Vicente Espinel, Luis Martín de la Plaza, Manuel de Salinas o Enríquez Gómez. Curiosamente, de reseñas nonnatas salieron dos trabajos publicados con desigual fortuna: “Cuatro siglos de actividad macarrónica en España (1522-1922)”<sup>33</sup> es, en efecto, una reseña frustrada, quizá porque Alatorre sintió que el libro enfilado no daba la talla. Además de repasar cuanto se escribió en latín macarrónico desde Folengo en adelante, va encontrando ecos de tal literatura en Góngora, Cervantes, Villaviciosa y hasta en sor Juana, y termina su recorrido con un gracioso párrafo redactado en ese mismo latín, en el cual se autodenomina *chiflatus*, por perder su tiempo en semejante tarea. También “*La Fábula burlesca de Cristo y la Magdalena*, de Miguel de Barrios” (NRFH, 41, 1993, pp. 401-458), recopila materiales para reseñar un libro de Kenneth R. Scholberg sobre el poeta montillano, pero acaba siendo estudio y edición anotada de una fábula de casi 600 versos cuyo epígrafe la asigna a fray Antonio Márquez, y

<sup>32</sup> ANASTASIO ROJO VEGA, “Manuscritos y problemas de edición en el siglo XVI”, *Castilla*, 19 (1994), pp. 146-157; ISABEL COLÓN CALDERÓN, “Sobre la edición perdida de Francisco de la Torre”, *Dicenda*, 20 (2002), pp. 29-38. Posteriormente trató del asunto SOLEDAD PÉREZ-ABADÍN BARRO en *RILCE, Crítico y Bulletin Hispanique*.

<sup>33</sup> BELEM CLARK DE LARA y FERNANDO CURIEL DEFOSSÉ (eds.), *Filología mexicana*, UNAM, México, 2001, pp. 469-493. Artículo pagado de erratas.

que Alatorre atribuye sin vacilación al judaizante Miguel de Barrios. Si la fábula tiene poco interés poético, en cambio es sorprendente su contenido, por más que se haya tildado de chocarrero: la historia de Jesucristo, su nacimiento, amores con la Magdalena, prisión y muerte, vistos con gruesa chacota desde el lado judaico. Que sepamos, hasta la fecha los especialistas no se han pronunciado sobre la atribución.

Alatorre, que se burló en varios trabajos de ciertas modas críticas<sup>34</sup>, nunca escribió tan apasionadamente contra sus excesos como en los tres estudios que dedicó al *Lazarillo*, dos de los cuales son reseñas. Dejaremos el primero para el final, por haber sido refundido y ampliado. En 2002, al comentar el estudio de Alberto Martino sobre la recepción de la novela en Europa (NRFH, 50, pp. 252-264), puso en solfa varias de las interpretaciones existencialistas, psicoanalíticas y sociológicas que circulaban del *Lazarillo*, algunas de las cuales causan estupor. De igual manera rechaza los añadidos de la ed. de Alcalá, sobre todo la que prepara el supuesto final deshonroso para el protagonista, tesis que tanto éxito había de tener entre los críticos. Al revisar las propuestas de autor, Alatorre se inclina por fray Juan de Ortega, candidatura basada en el testimonio de fray José de Sigüenza y “cautelosamente sostenida por Bataillon”. Insiste en ella su *review-article* “El *Lazarillo* y Alfonso de Valdés” (NRFH, 52, 2004, pp. 143-151), escrito a propósito de la ed. de Rosa Navarro, quien, sin sombra de duda, ahija a Valdés la novela, tras someterla a conjeturas, manipulaciones e interpretaciones indefendibles, en opinión de Alatorre. Todo ello culmina en su arremetida “Contra los denigradores de Lázaro de Tormes” (*ibid.*, 50, 2002, pp. 427-455), trabajo de larga gestación derivado de la fascinación que sobre él ejerció el personaje desde la niñez. Los denigradores son legión, pues pasan de setenta, y sus nombres son ilustres a más no poder. Dicho en sus propios términos, “al pobre Lázaro le caen como otras tantas pedradas los tres clásicos insultos del siglo de oro:

<sup>34</sup> Baste recordar sus *Ensayos sobre crítica literaria*, Conaculta, México, 1993. En algunos de sus trabajos entra en detalles, por ejemplo: “El arte de aducir a no importa quién a propósito de no importa qué” (NRFH, 20, 1971, p. 146), “lugares comunes recubiertos de oropel” (*ibid.*, p. 146), “el *se me ocurre* produce resultados penosos” (*ibid.*, p. 147), “los libros y artículos que llamo neoacadémicos, con sus actantes, sus redes actanciales, sus actores sintácticos homodiegéticos y heteroextradiegéticos y tantos otros exquisitos terminachos” (*ibid.*, 47, 1999, p. 370), etc.

*cornudo, puto y judío*” (p. 433). Para Alatorre, por el contrario, la *lectio difficilior* es la ingenua, la que ve en Lázaro al protagonista de un *Bildungsroman*, un “libro eminentemente revolucionario, un alegato contra las hipocresías y los falsos valores, una defensa de la autenticidad y de la vida”, que “en 1554 venía a ser un reto cuasi-anarquista al programa de la Contrarreforma y de Felipe II” (NRFH, 50, p. 262). Este valiente trabajo, al que nadie parece haber replicado por ahora, denuncia hasta dónde pueden llegar las hiper-interpretaciones, la autofagia de la crítica forzada a perseguir el *plus ultra* a toda costa, y demuestra cómo la gente del oficio, intoxicada por la bibliografía, es ya incapaz de leer nada sin telarañas ante los ojos. La apología concluye diciendo que sólo “quiere ser un llamado a la sensatez... Cuanto más duren los juegos inútiles, tanta menos calma habrá para atender al sentido del gran librito” (“Contra los denigradores...”, p. 451).

“Yo también soy lector de Cervantes, y aún más de Góngora”, confesó Alatorre en una ocasión, y lo sabríamos aunque no lo hubiera hecho porque su fervor gongorino fue manifiesto a lo largo de su vida y pudo fecundar sus trabajos sobre sor Juana. Sin embargo, no llegó a cuajar en más de tres o cuatro artículos, eso sí, muy enjundiosos. Alatorre, buen lector, melómano y trabajador infatigable, pudo escribir un espléndido libro sobre Góngora, pero prefirió quedarse en la sombra con meros apuntes a lo dicho por otros; algo que deriva en parte de su forma de trabajar, de lo que él llama “el método filológico, que además es un método de siempre, tan de ayer como de hoy” (*Egohistorias*, p. 42). Su único abordaje independiente es el titulado “Afinidades: Cervantes y Góngora”<sup>35</sup>, aunque siga las huellas de un maestro muy admirado: Rafael Lapesa. El tema de la edad de oro está presente en el *Quijote* y en las *Soledades*; Alatorre cree que luego se abandonó porque “resultaba demasiado radical, con su negación de la cultura material, de la propiedad privada, de los refinamientos, de las guerras” (p. 12), y fue sustituido por el *Beatus ille*. La sátira, a veces im-

<sup>35</sup> *Homenaje a Carlos Orlando Nallim*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2001, pp. 283-293. Retocado y ampliado en *Biblioteca de México*, 88 (julio-agosto de 2005), pp. 11-18. Citaremos por esta versión. Después de publicada la primera, volvió sobre el asunto ANTONIO REY HAZAS, “Cervantes y Góngora. Primer acercamiento: poética barroca y modernidad literaria”, en *Góngora hoy VI*, ed. Joaquín Roses, Diputación, Córdoba, 2004, pp. 17-58.

plícita, de la malicia y la mentira están presentes en Góngora y Cervantes, pero también la de hechos concretos oficialmente heroicos, risibles en la realidad: el saco de Cádiz, la toma de La Mamora, ciertas honras fúnebres de monarcas, fueron objeto de burlas suaves e inequívocas por ambos ingenios. Asimismo la pueril manía nobiliaria de Lope, los mitos clásicos o medievales sufrieron su rechifla. Cervantes y Góngora coincidieron asimismo en su gusto por la bucólica; aparte otras semejanzas más superficiales, Alatorre llama la atención sobre el efecto devastador de la belleza femenina, que ejemplifican los episodios de Marcela en el *Quijote* y el de Galatea en el *Polifemo*.

En 1996 publicó Alatorre sus “Notas sobre las *Soledades* (a propósito de la edición de Robert Jammes)” (*NRFH*, 44, pp. 57-97), cuarenta páginas llenas de entusiasmo e inteligencia. Destacan sobre todo sus observaciones sobre prosodia gongorina, donde corrige deslices del mismo ms. Chacón, descubre un juego de palabras ignorado en el soneto a san Ignacio, o insospechadas reminiscencias de Garcilaso. Vienen luego las temibles “observaciones de detalle” que ponen muchos puntos sobre las íes o hacen sugerencias dignas de desarrollo: por ejemplo, cuando Góngora compara a los indios americanos con los lestrígonos homéricos dice: “Es como si el poeta hubiera querido engazar la novedad del Nuevo Mundo con la más arcaica Antigüedad” (p. 83); poco antes, supone que Góngora haya leído a Pedro Mártir de Anghiera, o que “la augusta coya peruana” de las *Soledades* (II, 66) sea un homenaje a su vecino el Inca Garcilaso. Incluso, enlazando con el artículo mencionado antes, afirma que “la visión crítica y la ausencia de *chauvinisme* es uno de los rasgos que emparentan a Góngora con Cervantes” (*ibid.*). Terminan estas notas con un apéndice en que Alatorre se enfrenta al soneto, metapoético y enigmático, “Restituye a tu mudo horror divino”, proponiendo una razonable conjetura, tomada del mundo clásico, que los gongoristas del futuro habrán de tener en cuenta.

El otro artículo de Alatorre sobre este poeta se titula “De Góngora, Lope y Quevedo” (*NRFH*, 48, 2000, pp. 299-332). De él no vamos a tratar porque nos toca demasiado de cerca, y es hora de terminar.

\* \* \*

En su necrología de Alatorre cuenta Juan José Doñán que en una ocasión “alguien, en tono de mal disimulado repro-

che, le preguntó por qué había publicado tan pocos libros, y su respuesta fue: Porque no quiero aumentar el cerro de lo prescindible<sup>36</sup>. Eso dista mucho de ser sólo una *clever remark*: es toda una profesión de fe. Alatorre, para quien lo vea de lejos, puede parecer que llegó tarde: sus *1,001 años de la lengua española* vinieron después de la *Historia de la lengua* de Lapesa. Muchos de sus estudios sobre sor Juana son posteriores a la gran edición de Méndez Plancarte y a la imponente monografía de Octavio Paz. Y, como hemos visto, los trabajos en que persigue un determinado hilo rojo a través de los siglos son vestigios de un proyecto juvenil, y según él descabellado, que se iba a titular nada menos que “La influencia helénica y la influencia latina en las literaturas de lengua castellana, catalana y portuguesa, desde la Edad Media hasta la época actual” (*Egohistorias*, p. 46), terreno ya muy frecuentado por María Rosa Lida. Sin embargo, Alatorre, tras reconocer y asimilar los logros de sus precursores, supo hacer aportaciones muy valiosas, diseminadas en multitud de lugares, que sólo en sus últimos años fue agrupando en forma manejable. Dada la gran tarea realizada por él en la *NRFH*, nada tiene de extraño que sus trabajos más sólidos pertenezcan a su última etapa, ya que son fruto de acumulación y despojo de infinitas lecturas, pero también de su actividad docente:

Puedo decir sin ningún sentimiento de culpa –confiesa en su inestimable autobiografía intelectual– que en toda sociedad hay división del trabajo, y que la parte que a mí me ha tocado, porque a alguien tenía que tocarle, ha sido, por ejemplo, facilitarles el contacto con la gran poesía del siglo de oro a unos cuantos estudiantes universitarios (*Egohistorias*, p. 55).

Antonio Alatorre no era marxista, pero jamás perdió de vista la conexión de los textos con la historia, grande y menuda<sup>37</sup>. No militaba en el feminismo, y dedicó media vida a defender a una mujer extraordinaria. Sin ser formalista ni estructuralista, dio lecciones de todo ello en sus análisis y en sus estudios de

<sup>36</sup> *MSemanal*, 31 de octubre de 2010.

<sup>37</sup> “Yo siento que la tarea del crítico literario es prácticamente igual a la del historiador. Tienen en común, por ejemplo, la obligación de fundamentar y documentar cada una de sus afirmaciones” (*Egohistorias*, p. 42). Más adelante en su autobiografía aclara que su terreno es la “crítica literaria, pero entreverada de historia” (*ibid.*, p. 44).

métrica. No hay un marbete que le haga justicia, aunque tal vez no le pareciera inadecuado que se lo considerase un positivista de buena ley, como lo fueron sus modelos, Marcel Bataillon, Ernst Robert Curtius, Antonello Gerbi, Raimundo y María Rosa Lida, entendiendo por positivismo la documentación exhaustiva, la atención a los datos fidedignos, desde el más menudito, y su integración en estructuras cada vez más amplias, a fin de reconstruir parcelas significativas en la historia del espíritu humano. El positivismo así entendido es anterior, coetáneo y posterior a todos los demás ismos, y el único del que no se puede prescindir, porque es todo lo contrario de una moda: un fondo firme y seguro sobre el cual los otros movimientos dejan huellas más o menos efímeras<sup>38</sup>. Como dijo Rafael Segovia, Alatorre sabía demasiado, y sin embargo quienes le conocimos de cerca notamos en él tanta humildad como sabiduría, y una virtud rara en los sabios: tolerancia con las flaquezas ajenas. Al recordar sus años de aprendizaje infantil, gustaba Alatorre de señalar el paralelo que encontraba entre su actitud y la de sor Juana niña: un afán de saber por encima de todo. Ambos aprovecharon, por supuesto, enseñanzas de la vida, la gente y los libros, pero en el fondo les es aplicable el verso con que definió a sor Juana su panegirista y biógrafo, el P. Calleja: “Su maestro fue sólo su talento”.

ANTONIO CARREIRA

<sup>38</sup> Cf. una vez más lo que dice respecto a la escuela de Autlán a la que asistió de niño, y a cuya maestra, María Mares, colma de elogios: “No recuerdo que ella nos haya hablado alguna vez de Justo Sierra o de Gabino Barreda, pero es seguro que yo gocé de los beneficios de esa escuela positivista que ellos deben de haber diseñado” (*Egohistorias*, p. 19).

